

RODOLFO MARIO AGOGLIA

† 27 de octubre de 1985

Se graduó de Profesor de Filosofía, *magna cum laude*, por la Universidad de Buenos Aires (1945) con la investigación "La dialéctica de Platón", acompañada de la traducción, notas y comentario crítico del *Parménides* en su primera versión española.

En diversos períodos desempeñó tareas docentes en universidades del país y del extranjero. Fue profesor de Historia de la filosofía moderna, de Lógica y de Filosofía de la historia en las Universidades Nacionales de La Plata, Cuyo y del Sur. Desempeñó también la dirección del Instituto de historia de la filosofía y del pensamiento argentino de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata y de la revista *Humanidades*. Dos veces decano y rector de la misma casa, pasó luego a ser Profesor Principal en el Departamento de filosofía de la Facultad de Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, donde obtuvo su doctorado en 1978.

Puerto Rico y Salamanca lo contaron entre sus profesores conferenciantes. Miembro activo del Primer Congreso Nacional de Filosofía (Mendoza, 1949), asistió asiduamente a encuentros académicos en el exterior: delegado de la Universidad de La Plata al Segundo Congreso y Primera Asamblea de la Unión de Universidades Latinoamericanas (Santiago de Chile, 1953) y al Congreso Internacional de Filosofía de las Ciencias (Zurich, 1954). Participó del Congreso Internacional de Filosofía (Padua, Italia, 1958); del *Comitato Nazionale per le Ricerche Storiche, Filosofiche e Filologiche* (Italia) e igualmente becario de las Universidades de Roma, Florencia y del Centro de Cooperación Iberoamericana de Madrid.

Por la seriedad de sus trabajos, entre los que recordamos "El problema del mal en Herder", "La filosofía de la historia de Alberdi", "La cultura como facticidad y reclamo", "La actualidad de la doctrina platónica del ser", "Conocimiento y valoración en Platón", y su traducción y tarea crítica acerca del *Parmínedes* y *El tratado del cielo* de Aristóteles, figura en la prestigiosa Enciclopedia de Gallarate (Italia).

El *Anuario CUYO* le rinde homenaje al entregar las palabras que el Dr. Eugenio Pucciarelli pronunció en Buenos Aires, el 29 de octubre de 1985, en ocasión de acompañar sus restos mortales.

C. B.

«Sin sorpresa pero con justificado dolor nos enteramos de la desaparición de Rodolfo Agoglia y nos disponemos ahora a decir unas pocas palabras en homenaje al que acaba de dejarnos y que en adelante será para los amigos el gran ausente.

Esta muerte, como todas las que afectan a un círculo de amigos, nos pone en presencia de un abismo. El recuerdo logrará sin duda franquear el intervalo que nos separa, y acaso lo haga con frecuencia, a medida que se repiten las circunstancias que estimularon la formación de lazos y que contribuyeron a consolidarlos con una fuerza que se acentuaba en proporción a lo adverso del momento en que se vivía.

Agoglia tuvo la virtud de saber cultivar la amistad con una espontaneidad que no ponía medida al desborde de sus afectos: ligaba sus pensamientos a los de quienes compartían sus ideas, buscaba en los demás las fuerzas de que creía carecer cuando emprendía tareas de responsabilidad, y consideraba a los otros como testigos de sus empresas atento a examinar sus juicios cuando eran adversos. No temía que se le contradijera. Con los amigos de todos los tiempos, más allá de las disidencias ideológicas que separan a los hombres, supo mantener una fidelidad justificada por el respeto mutuo a los valores morales más exigentes. Sabía que

no se puede realmente ser amigo si antes no se lo es de la verdad, y apreciaba en el otro la mitad de su propia alma.

Con conmovedora lucidez, la misma que lo había acompañado durante toda su carrera universitaria, de igual calidad a la que exhiben sus mejores escritos, minutos antes de abandonar la vida recordó a sus amigos, dio sus nombres, repasó el itinerario recorrido en común a lo largo de años, elogió la fidelidad y la asistencia recíproca en los momentos de desorientación.

Y todavía, agobiado por la incertidumbre de su propia salud y deseoso de reintegrarse a las tareas de su vocación, preguntó si aún quedaban esperanzas y la salud volvería a su cuerpo castigado por enfermedad durísima. Expresó su confianza en seguir viviendo y no ocultó su optimismo de siempre. Cuantos le conocimos de joven apreciamos en él una magnífica encarnación de la vida.

Los cargos que le tocara desempeñar no lo apartaron del camino que se había trazado; supo dejarlos sin queja cuando se alteró la situación que le había llevado a asumir el deber de atenderlos, y mantener la serenidad cuando el destino fue especialmente cruel con su familia y sus bienes.

Supo ser leal a sus maestros, y era frecuente escuchar referencias llenas de agradecimiento a quienes encaminaron sus primeros pasos por la senda de la filosofía. Ingresado a ella por vocación, tuvo la rara habilidad de llegar al fondo de las cuestiones, sin perderse en la hojarasca de los detalles externos de los problemas. Su preocupación intensa por los problemas del hombre y de la historia y las vicisitudes del humanismo en el período que se extiende del Renacimiento hasta la muerte de Hegel, no le hizo perder el gusto por los problemas de la vida contemporánea. Y gustaba de penetrar en las raíces de nuestra civilización alentado por su conocimiento de la lengua griega y su frecuentación de los clásicos antiguos.

En vida propendió a ver la realidad a través de la imagen que trazaban sus deseos, y su voluntad era tan fuerte que actuaba en un mundo que había construido a la medida de sus aspiraciones.

La historia, que tanto se parece a la aventura de Sísifo condenado a levantar la piedra después de su inevitable caída, seguirá su curso saturado de dolores y alegrías, de derrotas y de triunfos, siempre precarios. El nombre de Agoglia quedará inscripto en la serie irregular de los que enseñaron a pensar por propia cuenta y con sentido de responsabilidad. Reconocerlo es el mejor homenaje que los amigos podemos tributar al hombre y a su paso por las aulas.»